

QUERIDOS HIJOS
Homilía Día de los Trabajadores

1° de mayo de 1975

Estas dos sencillas palabras tienen hoy día un valor y un peso muy especial.

“Queridos hijos”: Como Obispo soy, debo ser padre para todos, por todos derramó Cristo su sangre. Pero mi fidelidad a Cristo me exige consagrarme decididamente, y de todo corazón, al servicio preferente de los que siempre fueron y son sus predilectos: los que sufren, los pobres, los abandonados, los que viven la inseguridad, la incertidumbre y la angustia; los que no tienen más patrimonio que sus manos para trabajar en la tierra y suplicar hacia el cielo, y los que tienen hambre y sed de justicia. A ustedes, trabajadores, presencia viva de Dios que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza; a ustedes, trabajadores, de cuyas manos depende absolutamente vuestra subsistencia y la de vuestros hijos, y en cuyas almas sencillas y abiertas, generosas y solidarias, descansa la principal riqueza de la Iglesia; a ustedes, trabajadores, se dirigen en primer lugar estas palabras que hoy día pronuncia el Obispo con particular emoción: “queridos hijos”.

Palabras que el Obispo pronuncia en su Iglesia Catedral: la Iglesia-Madre. Hoy día ella se siente plenamente Madre, y plenamente Iglesia. Toda madre se alegra cuando los hijos llenan y desbordan la casa y a quien pertenece en primer lugar esta Casa. Lo sabemos: es la Casa de Dios; pero es la casa de un Dios que desde un pesebre se ha revelado a los humildes, que desde un taller se ha abrazado con los pobres. Ya se los decía una vez: “La Iglesia que represento es la Iglesia de Jesús, el Hijo del Carpintero. Así nació, así la queremos ver siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna que estuvo y está entre los humildes” (1° de Mayo 1971). Y nosotros, no queremos traicionar su origen y falsear su misión.

Pero del Carpintero de Nazareth los suyos se escandalizaron. ¡Es la terrible

lección del Evangelio recién leído! Se escandalizaron de Él ¿Quién era Él para tener derecho a hablar, a enseñar, a urgir? Era sólo un obrero, demasiado pobre, demasiado poco conocido. La sabiduría – así pensaron los suyos – no puede venir de una persona socialmente tan insignificante. A uno con más estudio, con mayor prestigio; a uno que se presentase con ostentación de riqueza y poder, a ese sí lo habrían escuchado, y le habrían abierto las puertas de sus casas. A éste, no. Y Jesús tuvo que irse por la incompreensión de un grupo de hombres de su Pueblo, y de su tierra, por una injusticia y por una violencia, confesando con amargura, que un profeta sólo carece de prestigio, y acogida, en su propia Patria.

¿Cuántos trabajadores, herederos auténticos de Jesús de Nazareth, se habrán hecho en sus vidas la misma y dolorosa confesión? Se han sentido rechazados de su tierra, del derecho a trabajar para sustentar a los suyos, despojados del fruto de sus esfuerzos humanos y de los bienes que les pertenecen a ellos tanto como a los demás, y son marginados con hostilidad porque se les ve como a Jesús, apenas un trabajador?.

Apenas un trabajador ¿Y sin embargo este Jesús trabajador no vacila en atribuirse la calidad de profeta, es decir, de portavoz de Dios, de signo de su presencia en el mundo.

La Iglesia escucha este Evangelio, y medita, y se interroga a sí misma: ¿Hasta qué punto ha sido Ella la Iglesia de los Pobres?

La respuesta no es fácil. Habría que preguntar a la Historia. Probablemente ella nos hablaría de emocionantes sacrificios, pero también, más de una vez, de silencios y omisiones culpables. Dejemos eso atrás: es tan difícil de juzgar el pasado. Hoy día sólo nos importa profundizar la conciencia y reiterar la exigencia de Jesús: “Todo lo que ustedes hagan con el hambriento y con el encarcelado, me lo hacen a Mí”. A ese Señor la Iglesia quiere hoy ser fiel. Porque la fe sin obras es fe muerta. Porque de Él recibe el mandato de amar al hermano. Porque ningún líder, ningún filósofo, ninguna doctrina y humanismo se ha atrevido a proclamar lo que el Señor nos ha dicho: servir al oprimido es

servir a Dios, y según eso será juzgado cada hombre. Debemos encarnar hoy al Cristo Resucitado en el corazón de nuestro pueblo y asumir sobre los hombros sus angustias y miserias, luchas y esperanzas.

Y en esta oportunidad, queridos hijos, en esta mañana nos encontramos con Cristo. Cristo está presente, y ofrece y consagra en la persona del sacerdote Su Cuerpo y Su Sangre, bajo las especies de pan y de vino para la Redención de su pueblo.

Y es ese Cristo el que los invita a ustedes: “Vengan a Mí, ustedes que gimen agobiados por trabajos y cargas: en Mi encontrarán alivio y descanso. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana”. Hay otras cargas que no son livianas, otros yugos que no son suaves: ustedes lo saben y lo sufren más que otros. También Jesús, también la Iglesia lo sabe, y sufre, y no descansará en su lucha por mitigarlos y finalmente suprimirlos. Pero para eso, precisamente para eso, para acelerar la lucha y asegurar su triunfo, es necesario aceptar la invitación a venir a Jesús. Ningún sistema, ningún ordenamiento social, ninguna ideología o movimiento, podrá aligerar nuestra carga y liberarnos de todos los yugos, si no está inspirado y cimentado en el Evangelio de Jesús. “Movidos por la caridad de Cristo, e iluminados por la luz del Evangelio –nos dicen los Obispos de todo el mundo- abrigamos la esperanza de que la Iglesia, cumpliendo con mayor fidelidad su tarea evangelizadora, anuncie la salvación integral del hombre o sea su plena liberación, y comience ya, desde ahora, a realizarla. En efecto... está obligada a imitar a Cristo, que explicó su Misión con las siguientes palabras: “El espíritu del Señor sobre Mí, porque me ungió para evangelizar a los Pobres... y poner en libertad a los oprimidos”. (Lucas 4,18. Sínodo de Obispos 1974).

Esta fe en Jesucristo vivo junto a nosotros, y que descubrimos en su Iglesia, se transforma para nosotros en una invitación a reencontrar la alegría y la esperanza del caminante. Aquí junto al altar, en la comunión fraterna con los otros, el alma obrera supera la tristeza, deja afuera el desaliento, repara la fuerza desgastada, vuelve a crecer, vuelve a querer, vuelve a empezar, sintiendo, como Pablo: todo lo puedo en Aquel que me conforta”, y que la

solidaridad, expresada en esta comunión fraternal, “seguirá siendo el arma más eficaz en esta lucha de los oprimidos por conquistar su lugar en la tierra”. La fe en ustedes, la fe en Jesús y en la Iglesia, será la fuerza victoriosa que vence al mundo, rompe las cadenas, quiebra los yugos, mata la injusticia y el odio.

La esperanza alegre del caminante se transforma aquí en la certeza del combatiente. Aquí está Cristo, el que alienta, Él sostiene: “¡No tengan miedo, yo he vencido al mundo!”.

Pero, queridos hijos, la Iglesia no solamente tiene algo que ofrecerles; tiene también algo que pedirles. La Iglesia también los necesita a ustedes y la respuesta a esta petición la encontramos al interrogar al Evangelio que hemos proclamado: el nos habla del Cristo obrero, del Dios trabajador y pobre que, por serlo, es rechazado de su tierra y de su pueblo. Y entonces dice: así les ocurre a los profetas.

¿Tenemos derecho de aplicarnos a nosotros esta lección evangélica? El trabajador en cierta manera podemos decir, con razón, que tiene algo de profeta. Sí, ciertamente lo es, porque el profeta es un portavoz de Dios, un hombre generalmente limitado y débil que recibe de Él el encargo solemne de anunciar a los hombres un mensaje, y de ser capaz de cambiar el curso de la historia de su Pueblo.

Digo esto, queridos hijos, y pienso en las manos de ustedes, manos de trabajador, manos de Cristo, manos de Dios Creador. La Creación, ese supremo trabajo en que se expresa el poder y la sabiduría de Dios, no está terminada, no está acabada. Dios no quiere acabarla sin el hombre. Admirable misterio: el Dios Omnipotente se asocia con el hombre trabajador, limitado y pequeño, y sus manos son el instrumento del que Dios se vale, con infinito respeto, para poner más vida, más amor, para humanizar la historia. Nunca, por eso, será suficiente el respeto que tengamos ante la dignidad del trabajo. Nunca será suficiente el respeto que mostremos a las manos de un trabajador. Son manos de Cristo, manos de Dios Creador. Y éste es el primer mensaje que se espera del trabajador como profeta: el anuncio de la dignidad increíble

del trabajo humano y, consiguientemente, de la inviolable dignidad del trabajador.

Y este mensaje, ¿cuántas veces se ha tolerado de que se considere al trabajador como una vulgar mercadería, cuyo precio está entregado a las fluctuaciones del mercado?, ¿cuántas veces se ha permitido el escándalo de que la materia inerte emerja de la máquina ennoblecida, mientras que el hombre que puso en ella su germen creador, sale de la fábrica envilecido? Hay que releer sin descanso ese Mensaje de León XIII, hay que reaprender incesantemente esa revelación: ¡la persona del trabajador es lo primero, su dignidad no permite ser violada!

La economía – enseñará constantemente la Iglesia – ha de estar al servicio del hombre. El principio rector, el motor esencial de la vida económica no puede ser el lucro, su ley suprema no puede ser la libre competencia de la oferta y la demanda.

De este principio – decía Pío XI – han manado, “como de una fuente envenenada, todos los errores de la economía liberal capitalista”, y el Papa Paulo VI, al recordar que es necesario el crecimiento económico para el progreso humano, nos insiste al advertirnos que hay que “recordar una vez más que la economía está al servicio del hombre y que cierto capitalismo ha sido la causa de muchos sufrimientos, de injusticia y de luchas fratricidas... (*Populorum Progressio* N° 25-26). Y el mismo Sumo Pontífice, ante la Organización Internacional del Trabajo, expresaba al mundo: “ que nunca más el trabajo esté contra el trabajador; sino siempre el trabajo sea para el trabajador, y el trabajo esté al servicio del hombre, de todos los hombres y de todo el hombre”. (OIT, 10-6-1969).

Y a estas alturas, el profeta se convierte en *Juez*. Sí, el pobre es nuestro juez y su grito nos condena cuando clama a Dios reclamando sus derechos. Mirad, nos dice el Apóstol Santiago, el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestro campo está gritando y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor (Santiago 5,4). nadie por eso puede excusarse ante la

miseria de su hermano, alegando que no tiene culpa, o que ni el contrato ni la Ley le obligan a hacer algo para remediarla. No importa quién tenga la culpa; pero sí importa la justicia e importa el amor. Y la justicia y el amor claman por los derechos del pobre. Los derechos del que no tiene con qué comprar lo necesario para su subsistencia, y que en una situación de extrema necesidad tiene derecho de poseer los bienes superfluos de los que todo tienen.

Será necesario insistir una vez más, que el amor al dinero es una trampa mortal, la raíz de todos los males y una forma de esclavitud que impide servir y adorar al único Dios verdadero. Quien haya recibido bienes del Señor debe considerarse a sí mismo, no dueño, sino que administrador. Lo que tú des al pobre, lo decía San Ambrosio, y lo recordaba Paulo VI, no es parte de tus bienes, le pertenece a Él. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos, tú te lo apropias.

La tierra ha sido dada para todo el mundo, y no solamente para los ricos. (*Populorum Progressio* 23), y San Basilio nos advierte con enorme dureza: “Tu granero es el vientre de los pobres”.

Por eso nuestra voz esta mañana desea llegar también a aquellos creyentes que cumplen un rol empresarial, para que, urgidos por la justicia y el amor que deben a sus hermanos, desarrollen al máximo su generosidad e imaginación y comprendan el deber que tiene de realizar una verdadera reforma de la Empresa. Los Obispos latinoamericanos decíamos: “El sistema empresarial latinoamericano, y por él, la economía actual, responden a una concepción errónea sobre el derecho de propiedad de los medios de producción, y sobre la finalidad misma de la economía. La empresa en una economía verdaderamente humana, no se identifica con dueños del capital, porque ese fundamentalmente comunidad de personas y unidad de trabajo, que necesita de capitales para la producción de bienes. Una persona o grupo de personas no pueden ser propiedad de un individuo, de una sociedad o de un Estado”. (*Medellín*, Justicia, N° 10).

QUERIDOS HIJOS:

Estamos llegando al fin de esta lectura. Lectura de un mensaje de Dios que se nos revela en ustedes. Manos que revelan la dignidad del Creador, almas de pobres que proclaman la Ley Suprema de la Justicia, del Amor, y de la Esperanza. Hemos leído con asombro y respeto, con dolorida tristeza, con apasionado afecto. Es que el Obispo es Padre, y la Iglesia es Madre, y a los hijos que Ella más necesita, y que más los quiere de modo preferente. Permítanme concluir por eso, con un llamado a todos los que forman este Cuerpo que es la Iglesia, y se mantienen en Comunión con su legítimo Pastor: vigoricemos la Pastoral Obrera en nuestra Arquidiócesis de Santiago, que nuestros movimientos de la Acción Católica Obrera –JOC-MOAC- encarnen verdaderamente y con eficacia en la trama de la vida obrera, y a partir de su vida, la luz del Evangelio y la Persona de Cristo, el Señor.

Y finalmente, queridos hijos, para vuestro Obispo, para vuestro Pastor, os pido una oración especial: que siempre sea fiel a su Señor. Que, con humildad y sin temor alguno sea siempre su voz, su pensamiento, su corazón amante. Que la Iglesia que conduce sea lugar de encuentro, de comunión y libertad para todos y que, cualquiera que sean las dificultades, tenga la fortaleza para anunciar siempre y en todo momento la Buena Nueva a los pobres y la liberación a los oprimidos.

Que María, la mujer pobre y fuerte, sencilla y sufriente, la Esposa del Carpintero, nos dé la gracia de obtener esto de su hijo. Así sea.

Santiago, 1° de mayo de 1975